

XXIX

Informe

Con la salida de los miembros de segundo y tercer orden quedaron en la logia siete socios, que eran los siete jefes, los cuales se reconocieron entre sí por medio de signos que probaban su iniciación en un grado superior.

Su primer cuidado fué cerrar las puertas, y cerradas éstas, su presidente se mostró presentando una sortija en que estaban grabadas las letras iniciales L. P. D. (1).

Dicho presidente estaba encargado de la correspondencia suprema de la orden, y se hallaba en relación con los otros seis jefes, los cuales habitaban en Suiza, Rusia, América, Suecia, España é Italia.

Llevaba consigo algunos de los documentos más importantes que había recibido de sus cólegas, á fin de comunicarlos al círculo de iniciados superiores á los demás é inferiores á él.

Este jefe era Bálamo.

La más importante de aquellas cartas la había escrito Swedenborg desde Suecia, y contenía un aviso amenazador.

« Hermanos, decía, vigilad en el Mediodía; porque bajo su ardiente influencia se ha formado un traidor, y ese traidor os perderá.

(1) Lilia pedibus destrue.

» Vigilad en París, hermanos, porque ahí reside el traidor; posee los secretos de la orden, y está animado de un sentimiento renceroso.

» Oigo el sordo vuelo, la murmurante voz de la denuncia. Veo una terrible venganza, pero quizá llegará demasiado tarde. Entretanto, ¡vigilad, hermanos, vigilad! Á veces basta una lengua traidora, aunque mal instruída, para frustrar completamente nuestros planes urdidos con tanta habilidad. »

Los hermanos se miraron con muda sorpresa, y no contribuyeron poco á alarmar á la junta, presidida por Bálamo, el lenguaje del feroz iluminado y su presciencia, á la que daban una imponente autoridad muchos ejemplos extraordinarios.

El mismo Bálamo, que tenía fe en la lucidez de Swedenborg, no pudo evitar la impresión grave y dolorosa que le causó la lectura de aquella carta.

— Hermanos, dijo, el profeta inspirado rara vez se engaña, y por lo mismo debéis vigilar como él os recomienda. Ahora sabéis como yo que la lucha va á empezarse. No nos dejemos vencer por esos enemigos ridículos cuyo poder estamos minando con toda seguridad, y no olvidéis que tienen á su disposición hombres mercenarios, lo cual es un arma poderosa entre las almas cuya vista no penetra más allá de los límites de la vida terrestre. Hermanos, desconfiemos de los traidores pagados.

— Esos temores me parecen pueriles, dijo una voz, porque cada día se aumentan nuestras fuerzas, y estamos dirigidos por brillantes genios y por manos vigorosas.

Bálamo se inclinó para dar las gracias al que de ese modo le elogiaba.

— Sí, pero, como ha dicho nuestro ilustre presi-

dente, la traición se desliza por todas partes, replicó un hermano, que no era otro que el cirujano Marat, promovido á pesar de su corta edad á un grado superior, en cuya virtud asistía por primera vez á la junta consultiva. Tened presente, hermanos, que doblando el cebo, se hace una presa más importante. Si el señor de Sartines puede comprar con un saco de escudos la revelación de uno de nuestros hermanos oscuros, el ministro, con un millón ó la promesa de una dignidad, puede comprar á uno de nuestros superiores. Entre nosotros, el hermano de infimo grado no sabe nada; á lo sumo conoce algunos nombres entre sus colegas, y esos nombres no representan nada. El orden de nuestra constitución es admirable, pero eminentemente aristocrático; los inferiores no saben ni pueden nada, sólo se les reúne para decirles cosas insignificantes, y sin embargo contribuyen con su tiempo y dinero á la consolidación de nuestro edificio. Tened presente que si el peón trae solamente la piedra y la argamasa, no podéis construir vuestro edificio sin esos materiales. Ese peón percibe un débil salario, y sin embargo yo lo considero como igual al arquitecto, cuyo plan crea y vivifica toda la obra; y lo considero como su igual, porque es hombre, y porque á los ojos del filósofo un hombre vale tanto como otro cualquiera, supuesto que le cabe su parte de miseria y fatalidad como á cualquier otro, y puesto que, aun más que otro, está expuesto á que se le caiga encima una piedra ó un andamio.

— Os interrumpo, hermano, dijo Bálamo. Abandonáis la cuestión de que únicamente debemos ocuparnos. Tenéis el defecto, hermano, de exagerar vuestro celo y generalizar las discusiones. No se trata ahora de saber si nuestra constitución es buena ó mala, sino de mantener su firmeza é integridad; si

quisiese discutir con vos, respondería que el órgano que recibe el movimiento no es igual al genio del Creador; no, el obrero no es igual al arquitecto; el cerebro no es igual al brazo.

— Si el señor de Sartines coge á uno de nuestros hermanos de los últimos grados, ¿dejará de enviarlo menos que á vos y que á mí á que se pudra en la Bastilla? replicó Marat con calor.

— Convengo en ello; pero sólo padecerá el individuo y no la orden, que entre nosotros debe ser ante todo; mientras que si prenden al jefe, se paraliza la conjuración; mientras que si falta el general, el ejército pierde la batalla.

— Por consiguiente, hermanos, velad por la salvación de los jefes.

— Sí, pero que también ellos por su parte velen por la nuestra.

— Ese es su deber.

— Y que sus faltas reciban doble castigo.

— Repito, hermano, que os olvidáis de las constituciones de la orden. ¿Ignoráis que todos los miembros de nuestra asociación están ligados por un mismo juramento, y que á todos se les aplican las mismas penas?

— Los grandes se sustraen siempre de esas penas.

— No es esa la opinión de los grandes, hermano; escuchad el final de la carta de nuestro profeta Swedenborg, uno de los grandes entre nosotros. He aquí lo que dice:

« El mal vendrá de uno de los grandes, de uno de los más grandes de la orden, ó si no viene precisamente de él, no por eso deberá de imputársele menos la falta. Tened presente que el fuego y el agua pueden

ser cómplices; el uno da la luz, la otra las revelaciones.

» ¡Vigilad, hermanos, sobre todo y á todos vigilad! »

— Entonces, dijo Marat aprovechándose de la parte del discurso de Bálamo y de la carta de Swedenborg de que podía sacar partido, repitamos el juramento que nos liga, y obliguémonos á cumplirlo con todo el rigor contra cualquiera que haga traición ó sea causa de ella.

Bálamo se recogió un instante, y levantándose en seguida, pronunció con voz lenta, solemne y terrible las palabras consagradas que nuestros lectores conocen ya :

« En nombre del Hijo Crucificado, juro romper los lazos carnales que me unen á padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, jefes, bienhechores, y á cualquier otro ser á quien haya prometido fe, obediencia, reconocimiento ó servicio.

» Juro revelar al jefe, á quien reconozco con arreglo á los estatutos de la orden, lo que haya visto ó hecho, leído ú oído, sabido ó adivinado, y aun averiguar y espiar lo que no haya podido ver.

» Emplearé el veneno, el puñal y el fuego, como medios de purgar el mundo con la muerte ó el embrutecimiento de los enemigos de la verdad y de la libertad.

» Me obligo á guardar silencio, consiento en morir como herido del rayo el día en que haya merecido un castigo, y aguardaré sin quejarme el puñal que ha de alcanzarme en cualquier parte en que me halle. »

Entonces los siete individuos que componían aquella lúgubre asamblea repitieron palabra por palabra este juramento, en pie y con la cabeza descubierta.

Luego, terminadas las palabras sacramentales, dijo Bálamo :

— Ahora que tenemos una garantía, no mezelemos más incidentes en nuestro discurso, porque tengo que informar á la junta de los principales acontecimientos del año. El desempeño de mi misión en Francia presentará algún interés á hombres tan ilustrados y celosos como vosotros.

Principio pues :

La Francia está situada en el centro de Europa, como el corazón en el centro del cuerpo; de suerte que vive y da vida á otras naciones, siendo preciso ir á buscar en sus agitaciones la causa del malestar del organismo general.

He venido pues á Francia, y acercádome á París como el médico se acerca al corazón, consultando, palpando y haciendo experimentos. Cuando entré en ella, hace un año, la monarquía estaba cansada; pero hoy la matan los vicios, vicios que yo he fomentado, precipitando el efecto de esos desórdenes mortales.

Un obstáculo se atravesó en mi camino, y este obstáculo era un hombre, un hombre que no era el primero, sino el más poderoso del Estado después del rey.

Dotado de algunas de esas cualidades que agradan á los demás hombres; demasiado orgulloso, es verdad, pero aplicando á sus obras la palanca de su orgullo, sabía endulzar la esclavitud del pueblo, haciéndole creer y aun ver algunas veces que es una parte del Estado; y si se le consultaba acerca de sus propias miserias, invocaba el espíritu nacional, estandarte en cuyo derredor siempre se reúnen las masas.

Aborreciendo como aborrecía á los ingleses, que son los enemigos naturales de Francia; odiando como odiaba á la favorita, enemiga como es natural de las clases laboriosas, si ese hombre hubiera sido un usur-

pador, si hubiese sido hermano nuestro de asociación, marchando por el mismo camino que nosotros, y obrando según nuestras miras, yo le habría respetado, mantenido en el poder y sostenido con todos los recursos que me es dado crear en favor de aquellos á quienes protejo; pues en vez de enlucir el carcomido trono, lo hubiera derribado con nosotros en el día convenido. Empero pertenecía á la clase aristocrática, estaba acostumbrado á respetar el primer rango á que no aspiraba, y á la monarquía á que no se atrevía á atentar; miraba con respeto el trono al mismo tiempo que despreciaba al rey, y hasta servía de broquel á ese trono sobre que descargábamos nuestros golpes. De resultas de esto, el parlamento y el pueblo, llenos de respeto á ese dique que un hombre oponía á las invasiones de la prerrogativa real, se mantenían en los límites de una resistencia moderada, seguros de que tendrían un ayuda poderoso cuando llegase el momento.

Comprendí cuál era la situación de las cosas, y me dediqué á derribar al señor de Choiseul.

Esta obra magna, que en el espacio de diez años ha arrastrado tras sí tantos odios é intereses, la he empezado y terminado en unos cuantos meses por medios que es inútil deciros. Gracias á un secreto que constituye una de mis fuerzas, y que es tanto mayor, cuanto que eternamente permanecerá oculto á los ojos de todos y nunca se sentirá sino por el efecto que cause, he derribado al señor de Choiseul, lo he expulsado y hecho que en pos suyo vaya un largo séquito de penas, desengaños y lamentaciones.

Y para que mi trabajo produzca el fruto debido, ahora la Francia entera pide á Choiseul y se levanta para recobrarlo, como los huérfanos alzan las manos al cielo cuando Dios les ha llevado su padre.

Los parlamentos se valen del único derecho que les

asiste, cual es la inercia, esto es, dejar de actuar; y como en un cuerpo bien organizado, según debe serlo un Estado de primer orden, es mortal la parálisis de un órgano esencial, y el parlamento es para el cuerpo social lo que el estómago para el cuerpo humano, si los parlamentos no funcionan, el pueblo, esto es, las entrañas del Estado, no trabajará, y de consiguiente no pagará, faltando á aquéllos oro, es decir, la sangre.

Sin duda habrá quien quiera luchar; pero ¿quién será el que luche contra el pueblo? No será de ninguna manera el ejército, porque es hijo de ese mismo pueblo, se mantiene con el pan del labrador, y bebe el vino del viñador. Quedan la servidumbre del rey, los cuerpos privilegiados, los guardias, los suizos y los mosqueteros, que apenas forman cinco ó seis mil hombres; pero, ¿qué hará ese puñado de pigmeos el día en que el pueblo se alce como un gigante?

— ¡Pues entonces que se levante, que se levante! gritaron varias voces.

— ¡Sí, sí, á la obra! exclamó Marat.

— Joven, aun no os he consultado, dijo Bálamo con frialdad.

Y prosiguió de este modo:

— Hombres de poca solidez de entendimiento, hombres ligeros en el obrar y faltos de experiencia, provocarían desde luego, y aun conseguirían con una facilidad que me aterra esa sedición de las masas, esa rebelión de los débiles convertidos en fuertes por su mayor número contra un poderoso que está aislado; pero yo he reflexionado, yo he estudiado, yo me he confundido en las filas de ese mismo pueblo, y adoptando su traje, su perseverancia y su rudeza, lo he visto tan de cerca que he logrado ser lo que él. Lo conozco pues hoy, y no me engaño al decir que es fuerte, pero ignorante; se irrita con facilidad, pero no

tiene rencor; en una palabra, aun no está maduro para la sedición tal como yo la entiendo, y como quiero que sea. Le falta instrucción para ver los sucesos bajo el doble punto de vista del ejemplo y la utilidad; le falta memoria para acordarse de su propia experiencia.

Se parece á esos atrevidos jóvenes que he visto en Alemania en ciertas funciones públicas subir con ardor á la punta de un mástil en que el baile había mandado poner un jamón y un cubilete de plata. Llenos de entusiasmo se arrojaban á la cucaña y trepaban con una rapidez sorprendente; pero así que llegaban al punto de la dificultad, cuando con sólo alargar el brazo podían alcanzar el premio, les faltaban las fuerzas y se dejaban caer hasta el suelo en medio de los silbidos de la multitud.

La primera vez les sucedía lo que acabo de decir, y la segunda economizaban las fuerzas y el aliento; pero como empleaban demasiado tiempo, frustrábase su intento por causa de la lentitud, como antes les había sucedido por la precipitación, hasta que al fin adoptaban un término medio, y sin precipitarse ni ser tardos en su operación salían bien de su empresa. He aquí el plan que yo medito: ensayos, siempre ensayos que nos vayan acercando al objeto, hasta que llegue el día en que podamos conseguirlo de un modo infalible.

Bálsamo dejó de hablar y miró á su auditorio, en el cual hervían todas las pasiones de la juventud y la inexperiencia.

— Hablad, hermano, dijo á Marat, que era el que más se rebullía.

— Seré breve, contestó; los ensayos adormecen á los pueblos si es que no los desaniman... ¡ Ensayos ! Esta es la teoría del señor Rousseau, ciudadano de Ginebra y gran poeta, pero genio lento y tímido; ciu-

dadano inútil á quien Platón hubiera arrojado de su república. ¡ Esperar y siempre esperar ! Ya hace siete siglos que estáis esperando, desde la emancipación de las municipalidades y la insurrección de los macistas; contad las generaciones que han muerto entretanto, y veamos entonces si os atrevéis á tomar aun por divisa para lo futuro la fatal palabra *esperar*. El señor Rousseau nos habla de oposición, como se hacía en ese siglo que pasa por grande, como hacían al lado de las marquesas y á las plantas del rey Moliere con sus comedias, Boileau con sus sátiras, y Lafontaine con sus fábulas.

La oposición, que no ha hecho que la causa de la humanidad adelante ni poco ni mucho, es pobre, es débil. Los niños recitan esas teorías disfrazadas sin entenderlas, y se duermen mientras las recitan. Según vuestra cuenta, también Rabelais ha escrito de política, pero es una política que hace reir y que á nadie corrige; y sino, ¿ habéis visto que se haya enmendado un abuso siquiera de trescientos años á esta parte ? ¡ Basta de poetas ! basta de teóricos ! ¡ Lo que se necesita son obras, acciones ! Hace tres siglos que la Francia está en manos de la medicina, y ya es tiempo de que la cirugía se encargue de ella á su vez, dispuesta á usar el escalpelo y la sierra. Puesto que la sociedad está gangrenada, atajemos la gangrena con el hierro. Quien puede aguardar es el que se levanta de la mesa para recostarse en blandos cojines, haciendo que sus esclavos quiten de ellos á soplos las hojas de rosas de que están cubiertos, porque satisfecho entonces el estómago comunica al cerebro estimulantes vapores que lo recrean y pueblan de pensamientos á cual más risueños; pero el hambre, pero la miseria, pero la desesperación no se satisfacen, no se alivian, no se consuelan con estrofas, sentencias y romances. El

pueblo grita porque sufre; ¡sordo sea el que no oiga sus lamentos! ¡Maldecido el que no responda á ellos! Una insurrección, aunque fuese sofocada, ilustraría los entendimientos más que mil años de preceptos, más que tres siglos de ejemplos: también iluminaría á los reyes si no los derribaba, y eso es mucho, eso basta.

De algunos labios salió un murmullo lisonjero, y Marat prosiguió:

— ¿Dónde están nuestros enemigos? En escala superior á la nuestra, puesto que guardan la puerta del palacio y rodean las gradas del trono, sobre el que está el Paladión que custodian con más cuidado y temor que lo hacían los troyanos. Ese Paladión que les da poderío, riqueza é insolencia, es la monarquía, á la cual no puede llegarse sino pisando los cadáveres de los que la defienden, como no puede llegarse al general sino derribando los batallones que lo protegen. Pues bien, la historia nos dice que desde Dario hasta el rey Juan, desde Régulo hasta Duguesclín, han sido derrotados muchos batallones y hechos prisioneros gran número de generales.

Derribemos nosotros la guardia y llegaremos hasta el ídolo; descarguemos el golpe sobre los centinelas, y podremos descargarlo sobre el jefe. Embistamos primero á los cortesanos, á los nobles, á los aristócratas, y después á los reyes.

Contad cuántas cabezas privilegiadas hay, y veréis que apenas llegan á doscientas mil; paseaos con una cuchilla bien cortante en la mano, por ese hermoso jardín llamado Francia, y tronchad esas doscientas mil cabezas, como hacía Tarquino con las adormideras en el Lacio, y todo está dicho. Entonces solo habrá dos poderes que se disputen la supremacía, el pueblo y el trono; que el trono, que no es más que un emblema,

intente luchar contra el pueblo, que es un gigante, y ya veréis lo que sucede. Cuando los enanos quieren derribar á un coloso, empiezan por el pedestal; cuando los leñadores quieren echar por tierra una encina la cortan por el pie. Seamos, pues, leñadores; ¡leñadores! cojamos el hacha, arranquemos la encina de raíz, y sus soberbias ramas no tardarán en besar la arena.

— ¡Y os aplastará en su caída como á un pigmeo, desventurado! gritó Bálamo con voz de trueno. ¡Ah! desencadenáis vuestra furia contra los poetas, y habláis por medio de metáforas más poéticas y preñadas de imágenes que las que ellos usan! Hermano, hermano, continuó dirigiéndose á Marat, esas frases las habéis tomado de alguna novela que estáis compaginando en vuestra bohardilla; yo soy quien os lo dice.

Marat se ruborizó y Bálamo continuó diciendo:

— ¿Sabéis qué es una revolución? Pero yo que he visto doscientas, os lo diré; yo que he visto la del antiguo Egipto, la de Asiria, las de Grecia, las de Roma, las del Bajo Imperio; yo que he visto las de la edad media, cuando los pueblos se arrojaban unos sobre otros, Oriente sobre Occidente, y Occidente sobre Oriente, degollándose por no entenderse. Desde los reyes pastores hasta nuestros días quizá habrá habido cien revoluciones; ¡y os quejáis hace poco de que somos esclavos! Las revoluciones no sirven pues para nada; pero ¿por qué? Porque los que las hacían estaban atacados del mismo vértigo, á saber: de la precipitación, sin tener en cuenta que Dios, que preside las revoluciones del mundo como el genio las de los hombres, no se apresura.

« ¡Derribad, derribad la encina! » gritáis, sin considerar que esa encina, que invierte un segundo en caer, cubre tanto terreno cuando cae como un caballo

recorrería á galope en treinta segundos. Ahora bien, los que derribaran la encina, por no tener tiempo para evitar su caída imprevista, quedarían aplastados bajo su inmenso ramaje. ¿Es eso lo que queréis? Pues no lo conseguiréis de mí. Yo he sabido vivir, lo mismo que Dios, veinte, treinta, cuarenta edades de hombres; como Dios, soy eterno, y como Dios seré paciente. En el hueco de esta mano llevo mi suerte, la vuestra y la del mundo; y nadie me hará abrir esta mano llena de asombrosas verdades que no consiento en mostrar. Sé que contiene el rayo, pero permanecerá en ella como en la omnipotente diestra de Dios.

Señores, abandonemos esas alturas demasiado sublimes y volvamos á bajar á la tierra.

Señores, os lo digo con tanta sencillez como convicción, aun no es tiempo; el rey que reina en el día es el último reflejo del gran rey á quien todavía venera el pueblo, y en esa majestad que va disipándose hay algo bastante deslumbrador aun para contrabalancear los relámpagos que se desprenden de vuestros resentimientos. El que hoy se sienta en el trono ha nacido rey, y morirá siéndolo, porque desciende de una raza insolente pero pura, porque podéis ver su origen en su frente, en su ademán, en la voz; de suerte que siempre será rey. Derribémoslo, y sucederá lo que sucedió con Carlos I, es decir, que sus verdugos se prosternarán ante él, y los cortesanos de su desgracia besarán como lord Capell el hacha con que se haya cortado la cabeza á su soberano.

Ahora bien, señores, todos vosotros sabéis que Inglaterra se apresuró; pues si el rey Carlos I murió en un cadalso, Carlos II su hijo murió en el trono.

Esperad, señores, esperad, porque los tiempos no tardarán en ser propicios para nuestro intento.

Queréis destruir las lises, y esa es la divisa de todos

nosotros: *Lilia pedibus destrue*; pero es preciso que no quede ni una raíz, pues de otro modo volverá á retoñar la flor de san Luis. Queréis destruir el trono, mas á fin de que lo sea para siempre es preciso quitarle el prestigio y la esencia; queréis destruirlo, mas para ello debéis esperar á que no sea un sacerdocio, sino un empleo; y á que no se ejerza en un templo, sino en una tienda. Ahora bien, lo más sagrado que hay en el trono, es decir, la legítima trasmisión de la corona autorizada desde hace siglos por Dios y los pueblos, va á perderse para siempre. Escuchad, hermanos, escuchad; esa barrera imposible de salvar colocada entre nosotros, que no somos nada, y esas criaturas semidivinas; ese límite que los pueblos nunca se han atrevido á traspasar y se llama legítimidad, esta palabra tan brillante como un faro, y que hasta el día ha libertado al trono de un naufragio, va á desaparecer barrida por el soplo de la misteriosa fatalidad.

La Delfina que está llamada en Francia á perpetuar la raza de los reyes con la mezcla de la sangre imperial, la Delfina casada hace un año con el heredero del trono... Acercaos, señores, porque temo que traspase estas paredes el ruido de mis palabras.

— Seguid, seguid, dijeron con ansiedad los seis jefes.

— Pues bien, señores, ¡ la Delfina está virgen aún!

De aquel estrecho círculo compuesto de seis cabezas que casi se tocaban, dominadas por la de Bálamo, quien se inclinaba sobre ellas desde lo alto del estrado, salió como un vapor mortal un murmullo siniestro que hubiera hecho huir á todos los reyes de la tierra por la rencorosa alegría que revelaba.

— Así las cosas, continuó Bálamo, se presentan

dos hipótesis á cual más provechosas para nuestra causa.

La primera es que la Delfina siga siendo estéril, pues entonces se extingüé la raza; entonces el porvenir no deja á nuestros amigos ni combates, ni dificultades, ni desórdenes, y á esa raza marcada de antemano con el sello de la muerte le sucederá lo que ha sucedido en Francia de tres en tres reyes, lo que sucedió á Luis el Terco, Felipe el Largo y Carlos IV, hijos de Felipe el Hermoso, y que murieron sin tener sucesión, después de reinar todos tres; lo que sucedió á los hijos de Enrique II, esto es, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, quienes también murieron sin tener sucesión. El delfín, el conde de Provenza y el de Artois reinarán también, y los tres morirán sin tener hijos, porque así lo ha dispuesto el destino.

Luego, así como después de Carlos IV, que fué el último de la raza de Capeto, vino Felipe VI de Valois, colateral de los anteriores reyes; así como después de Enrique III, que fué el último de la casta de los Valois, vino Enrique IV de Borbón, colateral de la raza anterior, después del conde de Artois, inscrito en el libro de la fatalidad como el último de los reyes de la rama primogénita, vendrá tal vez algún Cromwell ó algún Guillermo de Orange, ora sea extraño á la raza, ora altere el orden natural de sucesión.

He aquí lo que resulta de la primera hipótesis.

La segunda es que la Delfina no siga siendo estéril, y este es un lazo en que van á precipitarse nuestros enemigos creyendo que nosotros caeremos también en él. ¡Oh! si la Delfina sale de su estado de esterilidad, si llega á ser madre, cuando todos se alegren en la corte y crean consolidado el trono en Francia, nosotros podremos regocijarnos también porque poseeremos un secreto tan terrible, que ningún prestigio,

ningún poder, ningunos esfuerzos contrarrestarán los crímenes que ese secreto encierra, junto á las desgracias que habrán de resultar de semejante fecundidad para la reina futura, pues el heredero que dé al trono lo haremos fácilmente ilegítimo, declarando adúltera esa fecundidad. La esterilidad, pues, hubiera sido un beneficio de Dios comparada con esa dicha facticia concedida al parecer por el cielo. He aquí, señores, porqué me abstengo de obrar; he aquí porqué espero, hermanos; he aquí, en fin, porqué creo que hoy es inútil desencadenar las pasiones populares, que emplearé de un modo eficaz cuando sea tiempo.

Ahora que conocéis, señores, lo que se ha trabajado este año, podéis ver si han progresado ó no nuestras minas. Persuadíos, pues, que no conseguiremos nuestro objeto sino con el ingenio y valor de unos, que serán los ojos y el cerebro; la constancia y trabajo de otros, que representarán los brazos; y la fe y abnegación de otros, que serán el corazón.

Penetraos sobre todo de que es necesaria una ciega obediencia, que hace que hasta vuestro jefe se inmole á la voluntad de los estatutos de la orden el día en que así lo exijan.

Con esto, señores y carísimos hermanos, levantaría la sesión si no me faltara que hacer un bien é indicar un daño.

El gran escritor que ha estado entre nosotros, y que sería nuestro á no ser por el celo intempestivo de uno de nuestros hermanos que ha asustado á un alma tímida de suyo; ese gran escritor, repito, ha tenido razón en lo que ha dicho en nuestra asamblea, y para mí es una desgracia que un extraño tenga razón contra una mayoría de hermanos que conocen muy mal nuestros reglamentos y desconocen enteramente el objeto que nos guía.

Rousseau, triunfando con los sofismas que contienen sus obras de las verdades de nuestra asociación, representa un vicio fundamental que yo extirparía por medio del hierro y el fuego, si no tuviese aun esperanza de curarlo por medio de la persuasión. El amor propio de uno de nuestros hermanos se ha desarrollado de un modo lastimoso, sobreponiéndose á todo en la discusión; pero jamás volverá á tener lugar un hecho por el estilo, ó recurriré á las vías de la disciplina.

Señores, propagad la fe por medio de la dulzura y la persuasión; insinuada, no la impongáis; no la introduzcáis en las almas rebeldes á martillazos, como hacen los inquisidores con los torniquetes del verdugo. Acordaos que sólo seremos grandes cuando se nos tenga por buenos, y que no se nos tendrá por buenos hasta que no parezcamos mejores que cuanto nos rodea; acordaos también que entre nosotros los grandes, los buenos y los mejores no son nada sin ciencia, arte y fe; nada, en fin, junto aquellos á quienes Dios ha marcado con un sello particular para que manden á los hombres y rijan un imperio.

Señores, levántase la sesión.

Dicho esto, Bálsamo se cubrió la cabeza y se embozó en su capa.

Los iniciados se marcharon entonces uno á uno y en silencio para no excitar sospechas.

FIN DEL TOMO CLARTO

INDICE

	Pág.
I. — La ratonera de los filósofos	3
II. — El apólogo	13
III. — El plato de segunda mesa del rey	28
IV. — Como trabajaba Luis XV con su ministro.	38
V. — El pequeño Trianón.	48
VI. — Anúdase la conspiración	56
VII. — La caza del brujo	67
VIII. — El correo	81
IX. — La evocación	90
X. — La voz.	103
XI. — Desgracia.	111
XII. — El señor duque de Aiguillon	120
XIII. — La parte del rey	133
XIV. — Las antecámaras del duque de Richelieu	143
XV. — Desencanto	136
XVI. — La comida del Delfin	164
XVII. — El pelo de la reina.	175
XVIII. — El duque de Richelieu aprecia á Nicole	183
XIX. — Metamorfosis	197
XX. — De cómo lo que en unos es causa de alegría en otros lo es de desesperación	203